



Instituto Tecnológico de Monterrey. Graduación de la Generación 1969

Manuel Espinosa Yglesias

Autor: Manuel Espinosa Yglesias
Tipo de documento: discurso
Título: Sin título, sobre las responsabilidades de los estudiantes recién egresados, futuros dirigentes y algunos consejos para mejorar actitudes
Fecha: 30 de junio de 1969
Lugar: Monterrey, N.L.
Audiencia: graduación de la generación 1969 del Instituto Tecnológico de Monterrey
Clave de clasificación: II.A.3.a/1969-2
Caja: 38
Palabras clave: educación, cambio.

Me honra y emociona este acto. Es la ceremonia; es el recinto; son los participantes; son los asistentes. Me entusiasma que el evento tenga lugar en Monterrey, ciudad que se ha convertido en un verdadero símbolo de lo que puede hacer el esfuerzo y el tesón de los mexicanos. Me anima que participen ochocientos de los jóvenes más capacitados del país. Y que hayan sido entrenados en el Instituto Tecnológico de Monterrey, auténtico modelo de lo que debe ser un centro de enseñanza superior en México.

Ésta, pues, no es una ceremonia de graduación más. Es la graduación de la Generación 1969 del Instituto Tecnológico de Monterrey. Es la culminación de sus muchos años de estudios, jóvenes amigos. Es la realización de un anhelo, de un sueño que ahora empezará a dar frutos. Es la entrada a la vida del trabajo diario de ochocientos profesionistas quienes, precisamente por su preparación, pronto irán escalando los puestos dirigentes más importantes del país.

Celebramos, por tanto, dos acontecimientos: uno, el fin exitoso de sus estudios profesionales y, dos su incorporación a la sociedad mexicana como elementos productivos. Los felicito calurosamente. Felicito igualmente a sus maestros por la magnífica labor desempeñada. Y felicito cordialmente a sus padres. Por fin, después de tantas luchas y desvelos, hoy ven colmada la que es sin duda una de las aspiraciones más nobles: la cabal preparación de los hijos para enfrentarse a la lucha cotidiana.

Les toca entrar a un mundo fascinante. Un mundo en el que la tecnología ha alcanzado niveles de asombro y en el que el cambio, la innovación continua, es lo que caracteriza nuestra forma de vida. Un mundo en el que, a pesar de los adelantos técnicos progresivamente empeoran las relaciones humanas, las relaciones interpersonales. El hombre está llegando a la luna, está haciendo potable el agua de mar, está creando máquinas —como los computadores electrónicos— que le abren horizontes insospechados. Sin embargo, cada vez le cuesta más trabajo vivir en paz con sus semejantes.

Tienen ante ustedes, en fin, un mundo que ofrece brillantes perspectivas, pero también grandes retos. La humanidad se encuentra ahora en una verdadera encrucijada. Si equivocamos la ruta, puede sobrevenir el desastre. Si acertamos, casi no hay límite a lo que podemos lograr en el futuro.

Pero se requieren hombres capaces que nos guíen. Hombres como ustedes.

La vida será para ustedes una maravillosa aventura —y una enorme responsabilidad. Precisamente por su talento, por su preparación, en unos cuantos años (¡y no tienen idea de lo rápido que transcurrirán!) tomarán las riendas de la nación mexicana. En los negocios, en el gobierno, en el ámbito académico, serán ustedes quienes dirijan, quienes encaminen al país en su marcha de progreso y de mejoramiento. Nosotros, lo que vamos de salida, con esfuerzo algo hemos hecho al respecto, pero falta mucho.

No hay que engañarse. Quien dirige, quien guía, además de mucho trabajo, tiene un gran compromiso consigo mismo y con la comunidad. La conducta y el desempeño de los líderes es lo que siempre determina la actuación de cualquier grupo humano. Esto lo confirma la historia en forma por demás abundante. Pien- sen en los Estados Unidos de Roosevelt; en la Francia de De Gaulle. En una escala más modesta, consideren lo que hizo Sloan para General Motors, Vail para la compañía Bell o Rockefeller para el Chase Manhattan Bank.

¿Pero saben qué es lo que hace a un dirigente? La inteligencia, la imagina- ción y los conocimientos son necesarios, pero de ninguna manera suficientes. Lo trascendental es el deseo de triunfar en la vida. La gente que se conforma con poco, tendrá en efecto poco. Las personas que no son exigentes consigo mismas, casi siempre se estancan. Es preciso elevar la meta, buscar escalar alturas cada vez más importantes. Sólo así puede el hombre convertirse en un gigante, que guía y orienta.

En realidad, la complacencia causa daño en casi todos los órdenes de la vida. Se ha demostrado que la abundancia de comida, la falta de ejercicio y el exceso de sueño pueden tener efectos funestos en la salud. Se ha probado que la pereza mental destruye la memoria e impide la concentración. Se ha constatado que quien no trabaja, no vive. Vegeta.

La idea, en otras palabras, de que al cuerpo «hay que darle lo que pide» es una monstruosa mentira. En lo físico, como en lo intelectual, tenemos que curtirnos en la disciplina del trabajo y de la superación personal. Grandes metas, grandes aspiraciones son siempre el combustible que mueve a los grandes hombres. Nun- ca lo olviden.

Pero para tener éxito se necesita algo más. Se precisa utilizar el tiempo dis- ponible de la forma más productiva posible. El tiempo, lo verán ustedes a lo largo de la vida, será lo que más les haga falta. Y mientras más suban, mientras más avancen, más insuficiente les parecerá. Verán que las horas y los días vuelan, sin que las puedan aprovechar como quisieran.

El tiempo, como lo describió magistralmente Arnold Bennelt, es una mer- cancía milagrosa. Con tiempo, todo es posible; sin él, nada. Día a día, como por milagro tenemos veinticuatro horas disponibles para forjar nuestra vida. Ni un segundo más, ni uno menos. El rico, el pobre, el genio, el tonto, todos tenemos las mismas veinticuatro horas. Son nuestras; nadie nos las puede quitar. Podemos desperdiciar el momento actual, pero no el futuro, El futuro siempre nos está reservado.

Las veinticuatro horas diarias son nuestra vida. En ese lapso tiene que cris- talizar el trabajo, el descanso, la salud, el placer, la satisfacción, el respeto y el cuidado de nuestra alma inmortal. Si las usamos adecuadamente, tendremos lo que todos con tanto afán buscamos: la felicidad.

En la labor cotidiana el tiempo es crucial. Quien no lo aprovecha se estanca; esta es la regla casi universal. La he visto repetirse una y otra vez en el transcurso de mi vida. En verdad, el desperdicio de tiempo es el patíbulo de muchas prome- sas brillantes.

Peter Drucker, a quien muchos de ustedes seguramente ya conocen, nos da varias recetas muy sugestivas para aprovechar el tiempo. Ante todo, sugiere este famoso autor, nunca debemos perder la pista de lo que hacemos con nuestro tiempo de trabajo. No tener idea de cómo lo utilizamos es una señal casi segura

de gran desperdicio. Debemos acostumbrarnos a llevar registros más o menos detallados de nuestras actividades y usarlos para elaborar programas de trabajo verdaderamente efectivos. Debemos de eliminar lo inútil, lo poco trascendental. Y al trabajo importante, al que consideramos vital para nuestro desempeño, hay que dedicarle atención continua, concentrada, por una hora y media cuando menos. Aquí no valen interrupciones o descansos. Hay que concentrarse por completo para que la labor sea efectiva.

Puede haber otras recetas. Sin embargo, de lo que quiero convencerles es de que, con todo y su juventud que hace que uno se olvide de las horas y hasta de los años, el tiempo será el elemento más vital de su vida. Si lo saben aprovechar, si lo saben administrar, nada los detendrá. No habrá obstáculos que no superen, ni problemas que no resuelvan. Y lo que es más ya lo dijo Kipling, serán hombres de bien.

Grandes aspiraciones y una utilización adecuada del tiempo disponible serán dos poderosos reflectores que los irán guiando por la senda de la vida —por sus vericuetos, por sus recodos. Lo demás, casi vendrá por sí solo. Seguirán, por ejemplo, estudiando, puesto que pronto se darán cuenta de que la escuela, el título, lo más valioso que les dio fue una serie de conocimientos básicos y un hábito de estudio. Y en el mundo actual, quien no sigue estudiado rápidamente se rezaga —no importa que tan preparado haya salido de la universidad.

Aprenderán a no evadir responsabilidades. A tomar decisiones. Ya lo he dicho varias veces en otras ocasiones: sólo el que nada hace, en nada se equivoca. Y la equivocación, además de inevitable, es provechosa. Son los errores los que van formando la experiencia y la serenidad ante los contratiempos. Créanme que compadezco al que nunca ha errado. Es el mejor indicio de su improductividad.

Aprenderán, igualmente, que los hombres —sean subordinados o superiores, amigos o enemigos— se les juzga, no por sus debilidades, sino por sus poderes. Comprenderán que los hombres más valiosos son hombres de grandes defectos, pero también de grandes cualidades. Entenderán que los defectos hay que perdonarlos y las cualidades enaltecerlas, apreciarlas, utilizarlas. Desgraciadamente no hay hombres perfectos. Hay hombres con debilidades y con fuerzas —y son éstas, las cualidades, las que los hacen útiles a sí mismos y a la sociedad.

Peter Drucker escribe de esto en forma muy sugestiva en relación con los ejecutivos. Él arguye que el ejecutivo que, al juzgar a una persona se preocupa más de lo que no puede hacer que puede hacer y que, por tanto, trata de evitar las debilidades en lugar de aprovechar las cualidades, es él mismo un ejecutivo débil.

Y relata una anécdota del Presidente Lincoln para explicar el punto. Sucede que cuando Lincoln designó a Grant como general en jefe de las fuerzas armadas del norte, varias personas se acercaron al Presidente para informarle que el militar no era una elección adecuada porque tomaba demasiado. «Lástima», contestó Lincoln, «que no sepa la clase de licor que toma el General Grant. De inmediato le enviaría varios garrafones a cada uno de mis otros generales».

Con Grant, el Presidente Lincoln supo hacer a un lado los defectos y aprovechar las cualidades. Basó su decisión en la fuerza, y no en las debilidades. De ahí su éxito en las campañas subsecuentes.

Los aliento a que guarden la misma actitud de Lincoln durante toda su vida. Los aliento a que no se obsesionen por las fallas, sino que se inspiren en las

cualidades. Descansen en la fuerza de los demás, no es sus debilidades. Sólo así podrán ustedes mismos ser fuertes.

El cambio, como lo dije al principio, se ha convertido en uno de los ingredientes más característicos de la vida moderna. Lo que hoy es una maravilla, mañana es algo que se ha descartado por obsoleto. Aunque hay algunas dudas sobre la capacidad del ser humano para resistir tanto cambio, creo que ha sido este proceso de innovación continua lo que le ha permitido a la humanidad avanzar con tanta rapidez en los dos o tres últimos siglos. El cambio engendra renovación, perfeccionamiento, adelanto.

No lo resistan con demasiada tozudez. Aferrarse a un pasado ya en proceso de descomposición es señal de debilidad y atraso. Antes bien, vean siempre hacia delante, hacia el futuro. El presente es simplemente el resultado de las decisiones del pasado y es poco lo que se puede hacer para modificarlo, para corregirlo. Si yo, por ejemplo, decidí hace dos años iniciar un negocio y ahora resulta que, por falta de organización digamos, la empresa es un fracaso, es bien poco lo que puedo hacer para resolver el problema actual. Lo que sí puedo hacer es ver hacia delante y tomar hoy una serie de decisiones que harán que el negocio sea mejor en el futuro.

No vale la pena, en otras palabras, dedicarle demasiado tiempo a las crisis del presente. Desafortunadamente, derivan de actos y decisiones del pasado. Es mejor actuar con miras al futuro. Procurando que lo que se haga hoy sea de beneficio para el futuro.

Es, en verdad, una pena que pocos, muy pocos, apliquen este criterio. Nos vivimos tapando hoyos, resolviendo pequeños problemas que nos presionan día a día y que derivan de decisiones o estructuras que aunque útiles en el pasado, han dejado de funcionar en el presente. Son pocos los que ven hacia el futuro. Pero esos pocos son precisamente los que escalan las cumbres más altas de la actividad humana.

No quiero ser demasiado prolijo. Sin embargo, quiero darles una última opinión —quizás la más importante. La vida de trabajo es un auténtico torbellino, sobre todo para las personas que ocupan puestos de responsabilidad. Todo lo rige, todo lo absorbe. Puede convertirse incluso en algo obsesivo.

Paren un poco de vez en cuando. Reflexionen. Reflexionen sobre los aspectos que con frecuencia olvidamos: sobre su felicidad, sobre lo que la vida les está dando, sobre la racionalidad de sus actuaciones, sobre su conducta. Si es conveniente, nunca duden de cambiar la ruta o de alterar la marcha. Lo importante es la satisfacción íntima de que se está actuando con propiedad. No permitan que, por falta de un contacto estrecho con ustedes mismos, ya bastante tarde en la vida se encuentren con que el esfuerzo sea estéril.

No quiero terminar sin antes recomendarles que jamás pierdan de vista lo mucho que deben a la educación. Acuérdense, en particular, de este Instituto Tecnológico de Monterrey, que fue donde culminaron su preparación. Ayúdenlo todo lo que puedan, para que siga siendo, cada ven en mayor grado, un verdadero manantial de la gente capacitada que tanto precisa nuestra patria. Aliéntenlo. Promuévanlo. Apóyenlo. Sería el mejor homenaje a sus padres, a sus maestros y a nuestro querido México.